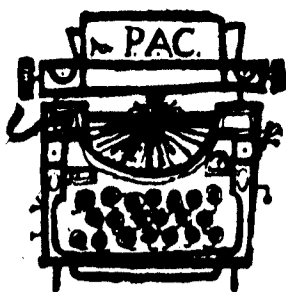


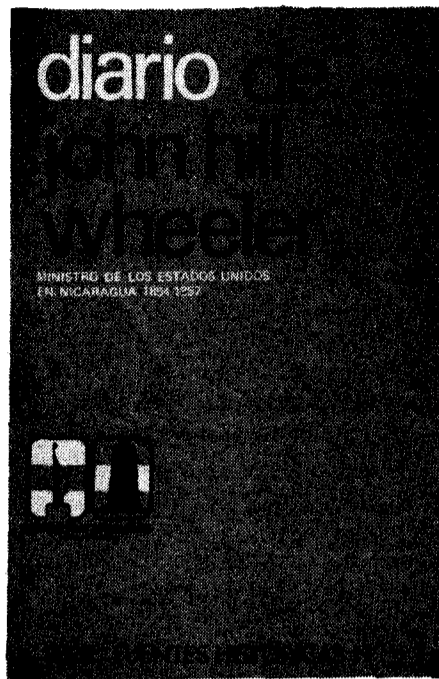
escrito a máquina

Un diplomático

“Non-Grato”



“Diario de John Hill Wheeler”
—Ministro de los Estados Unidos en Nicaragua 1854-1857. Serie Fuentes Históricas, N. 1- Colección Cultural Banco de América. 1974. (Manuscrito hasta ahora inédito, obtenido por el Dr. Alejandro Bolaños Gayer. Traducido por Orlando Cuadra Downing.)—



Este libro que nos ofrece la “Colección Cultural” del Banco de América, aunque es un diario íntimo escrito, no solamente por un extranjero, sino por una mentalidad hostil a los nicaragüenses y a los intereses más profundos de nuestra nacionalidad, resulta un documento extraordinariamente valioso para conocer, para calar uno de los momentos más dramáticos de nuestra historia, como fue el período que va, desde el nombramiento de Wheeler, como Ministro de Estados Unidos en Nicaragua en 1854, hasta los preludios de la Guerra Nacional en que el diario se interrumpe (viernes 23 de mayo de 1856). Son los años en que aparece en nuestro cielo la estrella sangrienta de Walker, con quien Wheeler, desde el primer momento simpatiza, a quien Wheeler descaradamente apoya, hasta por el Departamento de Estado de EE.UU. —viendo que la conducta de su Ministro compromete su política frente a Inglaterra— desaprueba sus actos y le exige la renuncia.

El diario de Wheeler está escrito en estilo telegráfico, pero entre línea y línea, y aun entre palabra y palabra, se filtra la vida de Nicaragua y saltan datos de toda especie que permiten al lector, con un poco de imaginación, sumergirse en el ambiente tenso y doloroso de aquellos años, restablecer multitud de costumbres de la época e incluso calar la mentalidad de algunos de los personajes históricos de entonces a través y por contraste de la mentalidad y de las opiniones de Wheeler. Veamos algunos ejemplos:

Escribe Wheeler: “Granada, miércoles 9 de mayo (1855). Como no se les permitió a nuestros sirvientes que tuviesen a todos sus parientes con ellos, me informaron que al fin del mes se irían. Les di cinco minutos para que se fueran después de haberles pagado. Doña Mercedes Sandoval nos envió a sus sirvientes”. Y el jueves, 10, anota: “Contraté a Fernando por \$5 al mes y a María por \$4. Balbino Jarquín, carpintero, trabaja para nosotros por \$1 al día”.

En pocas líneas Wheeler nos RE-VIVE todo un cuadro de costumbres y nos aporta datos precisos sobre el salario de los sirvientes de entonces. Los sirvientes piden al norteamericano algo que está en los usos y costumbres nicaragüenses desde tiempos coloniales: vivir con sus parientes. Para eso eran “los segundos patios” de las casonas. Los sirvientes vivían allí vida familiar. Se casaban, procreaban, eran algo más que empleados en la mentalidad de entonces. El norteamericano no entiende esa exigencia fruto de un sistema de vida exótica para él y lleno de cólera los despacha al instante. Pero, inmediatamente, vemos aparecer otro dato de la vida de entonces: doña Mercedes Sandoval, una vecina a quien días antes había visitado, sabe que Wheeler se ha quedado sin servicio y le presta sus sirvientes. De un solo trazo el “diario” nos revive la vida vecinal de Granada en el siglo pasado. Aquellas razones de antaño: “Que si me presta a su sirvienta para que me haga un mandado porque la mía está enferma...” Era un tejido de relaciones humanas que ya se ha roto.

Otro ejemplo. Ejemplo para calar la crueldad de nuestras guerras civiles. Wheeler acaba de llegar a Granada y en su diario, casi a día seguido, anota:

“Martes 8. Nuestros ojos se apenaron a la vista de tropas marchando alrededor de Fernando Matus, un prisionero, hacia Jalteva, donde va a ser fusilado. El pobre hombre pasó ante nuestra puerta con un sacerdote que iba leyendo las oraciones de la Iglesia, mientras él apretaba un crucifijo”.

“Jueves 10. Dobles de campanas hoy por otro fusilamiento militar”.

“Viernes 11. Tropas sobre las armas hoy — otra ejecución, un joven de Masaya...”.

Reflexionemos un momento: esos homicidios de hermanos contra hermanos, esa crueldad del nicaragüense tratando al nicaragüense como a su peor enemigo (que hoy vemos, con alarma, en las informaciones de los

diarios a pesar de que estamos oficialmente en paz) ¿no era el mejor caldo de cultivo para que llegara un extranjero y se apoderara de nuestro país tan hondamente dividido? La historia no se repite, pero obedece siempre a las mismas leyes. La violencia de ayer engendró a Walker; la de hoy no sabemos qué engendrará, pero es una ley histórica que, quien siembra vientos cosecha tempestades.

...Muchos otros datos van apareciendo en el diario. A veces una sola línea: (Granada) “Maromeros pasando por la calle”. O bien (Nandaimé) “Nos levantamos temprano pero salimos tarde porque tres de nuestras mulas se habían soltado”; nos dicen más de la vida de ayer que una descripción completa. Otras veces es un retrato. Leamos éste de Don Fruto. “Visité al General Fruto Chamorro a las 5. Lo encontré indispuerto, en cama —malestar del hígado,— ojos, cabellos y piel oscuros. Fuma incesantemente aun en la cama. Habla poco. Testarudo. Tuve una amplia y libre conversación con él.”

También resultan reveladoras, escritas por Wheeler, algunas rápidas e involuntarias observaciones de la reacción de los nicaragüenses contra Walker. Inmediatamente después del fusilamiento del General Corral (que es cuando comienza Walker a revelar sus verdaderas intenciones), Wheeler anota: “Miércoles 14 noviembre. Muchas personas (nativas) abandonando Granada”. “Son las familias granadinas que abandonan ocultamente por las noches la ciudad y se dirigen a Chontales a organizar la resistencia. Pocos meses después llega Wheeler a Ometepe y apunta: “Las haciendas abandonadas por los nativos”. Y otro día: “Martes 6. El Teniente Tyler con sus tropas regresó. Trajo cuatro prisioneros, uno de ellos un Padre, otro el Alcalde, implicados de quemar la leña de los vapores”. Y agrega: “El poblado abandonado por los nativos”. ¡Son instantáneas de la resistencia “nativa” tomadas por una kodak extranjera!

Pero, como es obvio, el retrato mejor de su libro, es el que deja de sí mismo. Nacido en Carolina del Norte, combina un temperamento muy religioso (todo sermón que oye en las iglesias, a las que asiste con frecuencia, lo anota en su diario, y él en persona organiza y dirige los servicios religiosos “Episcopales” en la Legación; es casi un Pastor), con una mentalidad racista, profundamente prevenida contra los hombres de color y los mestizos. Hablando, por ejemplo, del General Ponciano Corral, cuando Walker descubre las cartas que le costaron la vida, comenta: “Corral, con los instintos de su color y de su raza, estaba planeando la traición y el crimen”. (Traición y crimen eran para Wheeler que Corral confesara en esas cartas que había cometido un error al pactar con Walker y viera con clarividencia, aunque tarde, lo que el Filibustero iba a significar para su Patria). Luego, cuando Corral es fusilado, a pesar de que la personalidad de la víctima se le impone, sus prejuicios racistas afloran de nuevo y escribe: “Yo presencié con dolorosa emoción esta trágica escena. El General Corral tenía un aire marcial y una presencia imponente. Era bastante recio de cuerpo, pesando como unas 200 libras, de carácter sociable, de valor atrevido e indomable tenacidad. Era excesivamente gentil y profuso en sus expresiones de amistad. Era tan sincero como su naturaleza, su educación y la mezcla de su sangre se lo permitían”.

Cuando Margaret, su esclava, se enferma en Granada, pasa la noche solícito a su lado atendiéndola, hasta que muere. Sin embargo, cuando otra esclava, Jane, se le escapa en Nueva York aconsejada por unos abolicionistas, se torna implacable, la llama perjura porque declara ante el juez que quiere ser libre y hace lo posible porque el juez la arreste.

Sus ideas imperialistas enseñan la oreja desde el comienzo del diario, cuando pasa por Cuba. Escribe: “Yo confío que Cuba se emancipe por el esfuerzo de sus propios ciudadanos —o por compra a la Corona española— y luego, como una pura y bella novia “esta joya de Las Antillas” llegará a ser parte integrante de los Estados Unidos”.

No es de extrañar, por tanto, que apenas aparece Walker en escena en Nicaragua, se ponga enteramente de su parte y lo ayude abiertamente aun jugándose su carrera. En su diario no disimula sus simpatías y sus intervenciones a favor del filibustero, en cambio, en ese mismo diario trata de tapar un acto muy poco noble, o mejor dicho, muy sucio, de su actuación como Ministro, como fue la entrega a Walker de Mateo Mayorga, a quien había asilado en la Legación bajo la protección de la bandera norteamericana. Walker inmediatamente fusiló a Mayorga, víctima inocente de la venganza del usurpador por un asalto que sufrió uno de sus barcos en San Carlos. (Sobre este hecho escribiré más detalladamente en otra ocasión).

Wheeler hizo lo posible por impedir que Juan Rafael Mora, presidente de Costa Rica, se lanzara a la guerra en ayuda de Nicaragua. Su descarada actuación pro-filibusterismo rebasó la medida y fue llamado a Washington. El presidente Pierce le pidió la renuncia.

En las horas negras, a los nicaragüenses nunca nos han faltado los Wheeler. Por eso este libro, aparte de las interesantes observaciones de su ojo

extranjero, es un documento aleccionador. En sus páginas vemos desfilar caracteres y actitudes que hoy se repiten como un calco. Los “entreguistas” que, en la intimidad dicen al diplomático (ver P. 83) “su gran deseo de que Estados Unidos se posesionaran de Nicaragua e impidieran las revoluciones”. Los ingenuos como Corral que creen en la buena fe del mediador extranjero y caen en la trampa mortal. Los violentos impulsivos que se rebajan con la misma esfervescencia con que se suben, como Xatruch. Los asquerosos y serviciales “orejas”. La ceguera del odio partidista o de la ambición política que son las puertas por donde penetra la intervención extranjera y el imperialismo. Etcétera.

Se conocen mejor los propios defectos cuando la historia ha sido escrita por mano enemiga.

PABLO ANTONIO CUADRA